

Regreso al lugar del crimen

JAVIER MARRODÁN

Periodista director del Proyecto

El 14 de septiembre de 2013 doce personas pertrechadas con varios botes de pintura, dos rodillos y unos guantes de látex se reunieron a las nueve de la mañana en la calle Maiza de Etxarri-Aranatz para borrar las pintadas a favor de ETA que ensuciaban la casa de la familia Ulyar. Era una cita con la Historia y quizá también con la Justicia. El 27 de enero de 1979 **Jesús Ulyar Liciaga** —que había sido alcalde del pueblo entre 1969 y 1975— cayó asesinado junto a esa misma pared en presencia de su hijo de trece años. Los terroristas le atribuyeron actitudes “fascistas y antivascas” en el comunicado que después arrojaron sobre su tumba como un insulto póstumo. Los autores del crimen fueron detenidos a los diez meses y el ayuntamiento los nombró hijos predilectos. Cuando a la vuelta de los años salieron de la cárcel, el pueblo los recibió con homenajes y les cedió el honor de inaugurar las fiestas patronales desde el balcón de la casa consistorial.

La operación de limpieza fue rápida: se cubrió con pintura azul la fachada principal y los doce conjurados fueron estampando encima sus manos embadurnadas en pintura blanca. La pared recuperó su dignidad en apenas media hora. Todavía conserva, eso sí, el agujero que dejó una de las balas de 1979.

En el sencillo almuerzo que cerró la iniciativa, **Maite Pagazaurtundua** comentó que adecentar una pared es relativamente sencillo, que el verdadero reto después de tantos años de terrorismo es el de blanquear las conciencias. Y para blanquearlas —cabría añadir—, primero hay que poner frente a ellas los acontecimientos tal y como ocurrieron, tal y como algunos los perpetraron. “La memoria no deja en paz a nadie, exige enfrentarse a uno mismo, es una especie de conciencia convertida en espejo, y reclama posicionarse”, tiene escrito **Joseba Arregui**. Es así: se pueden ocultar las pintadas insultantes que ensucian una pared, pero ni siquiera entonces desaparece la huella de los disparos. Después de asistir al juicio de **Adolf Eichmann** en Jerusalén, **Hannah Arendt** escribió que los crímenes y las explicaciones del antiguo jerarca nazi habían servido para mostrar al mundo “la lección de la terrible banalidad del mal”, un abismo que “hace impotentes las palabras y el pensamiento”.

En muchos lugares de Navarra y del País Vasco, el terrorismo de ETA también ha acabado por banalizar el mal. Y ahora que al menos ya no hay atentados, la Historia puede contribuir a desbanalizarlo. ¿Son impotentes las palabras, como se preguntaba resignada Hannah Arendt? No hay vuelta atrás para los asesinatos, la extorsión, los secuestros o los atracos; sin embargo, el relato riguroso y completo de lo sucedido, lejos de alimentar venganzas o resentimientos, permitirá cerrar esta etapa ominosa sin olvidos cómplices o interesados, sin diluir la gravedad de los hechos, sin interpretarlos, sin excusarlos. La Historia nos hará mejores si se escribe con honradez.

Con ese planteamiento se puso en marcha este libro.

La batalla del relato

El 21 de abril de 2012, seis meses después del comunicado en el que ETA anunciaba el “cese definitivo” de su actividad criminal, **Antonio Muñoz Molina** publicó en *El País* un artículo que planteaba de forma clarividente lo que algunos han llamado “la batalla del relato”. “Hay que ponerse a contar —se lee en aquel texto—. A contar en el sentido aritmético y en el sentido narrativo. Hay que contar para recordar y hay que contar para comprender [...]. Hay que contar exactamente lo que pasó y hay que empezar a hacerlo ahora que todavía viven y están lúcidos la mayor parte de los protagonistas, los testigos, las víctimas no ejecutadas. [...]. Hay que contar para que no se imponga la tergiversación y para que los verdugos y los responsables no cuenten con ese eficaz aliado del crimen, el olvido”.

Las frases entrecomilladas se ajustan como un guante a estas páginas que resumen la historia del terrorismo en Navarra en el último medio siglo y que contienen crónicas minuciosas de los principales atentados y extensas entrevistas a quienes han sufrido la violencia de forma más directa. No han hecho falta adjetivos o moralejas para adornar el relato. A los autores nos ha movido únicamente el propósito de contarlos bien: hemos tratado de descender a los detalles, de recabar datos y testimonios, de localizar fotografías o informes, y de redactar un texto literariamente atractivo, aunque austero y preciso. Nos hemos acercado a los hechos tanto como hemos podido, pero sin tocar nada, dejando las cosas como estaban.

No es fácil elaborar una relación exhaustiva de todos los atentados cometidos por ETA. Todavía hoy resulta estremecedor asomarse a algunas portadas de 1980 o 1981 y descubrir hasta cinco titulares simultáneos relacionados con el terrorismo. Eran años en los que algunos crímenes se escurrían por el sumidero de un breve, por resumirlo con una frase de **Arcadi Espada**. No es fácil, decíamos, pero lo hemos intentado: este primer volumen reúne crónicas de todos los episodios de cierta importancia registrados entre 1960 y 1986, e incluye además unas prolijas cronologías que recogen sucesos de entidad menor, y que ayudan a ilustrar el contexto social y político de cada capítulo. El conjunto se ciñe a un marco geográfico que es Navarra, pero nos ha parecido oportuno añadir los relatos de algunos atentados que acabaron con la vida de personas naturales de Navarra en otras comunidades.

“Hay que contarlos todo —insistía Muñoz Molina— no por equidistancia sino por amor a la verdad y porque sin el recuerdo completo no es posible ese logro tan difícil, y sin embargo tan necesario, la reconciliación, o al menos la convivencia razonable. Hay que contar el número de los asesinados, de los perseguidos, de los chantajeados, de los expulsados, de los torturados. Es importante la máxima exactitud posible de las cifras para hacerse una idea de la magnitud de la epidemia”.

Las fuentes y la documentación

Escribir las crónicas que forman este libro ha sido como componer un enorme puzle con las piezas que iban apareciendo de forma dispersa en distintas fuentes y lugares. La hemeroteca nos ha proporcionado un material valiosísimo para garantizar en cada relato la precisión y la frescura que pretendíamos. Hay quien sostiene que el Periodismo es el minuterero de la Historia y lo cierto es que al repasar los ejemplares de los últimos cincuenta años hemos tenido la impresión de que estábamos sincronizando de algún modo los relojes de ambas disciplinas. Hemos examinado de forma sistemática la colección de *Diario de Navarra* y también muchos ejemplares de otras cabeceras (*El Pensamiento Navarro*, *ABC*, *El País*, *La Gaceta del Norte*...) que nos han ayudado a completar los textos con aportaciones a veces menudas —un apellido, una fecha, la declaración entrecomillada de un testigo...—, pero que permiten hacerse cargo de cómo ocurrieron los hechos.

Los documentos policiales nos han brindado información muy interesante y muchas veces inédita sobre casi todas las acciones terroristas. Hemos podido consultar los archivos de la Guardia Civil y de la Policía Nacional y confrontar sus atestados, sus informes o sus diligencias con las narraciones que íbamos escribiendo.

Las sentencias judiciales también nos han ayudado a fijar el relato de lo ocurrido. Hemos podido reunir físicamente algunas y otras las hemos conocido gracias a las informaciones que publicó la prensa cuando se hicieron públicas. Ha habido además algunos libros —tesis, memorias, crónicas periodísticas— que nos han permitido completar y enriquecer varios pasajes.

La inmensa mayoría de las imágenes que acompañan las crónicas proceden del archivo de *Diario de Navarra*, que nos abrió generosamente sus puertas en cuanto el proyecto se puso en marcha. También hay algunas fotos de otros periódicos, del Archivo Municipal de Pamplona y de fondos particulares.

Con todo, la aportación más valiosa del libro la constituyen las entrevistas personales. Hemos localizado a la mayor parte de las víctimas del terrorismo en Navarra y hemos escuchado de primera mano las historias tan duras y tan desconocidas que arrastran consigo. Un asesinato siempre es noticia, pero su eco informativo se extingue en pocas semanas. Sin embargo, hay personas que se despiertan con ese titular un día y otro, durante años. Para ellas, el crimen que en su día abrió los telediarios fue además el comienzo de una vida difícil y anónima. Y son justamente esas vidas las que hemos querido reconstruir. Cuando en 2007 falleció el periodista polaco **Ryszard Kapuscinski**, **Alfonso Armada** escribió de él que “se quedaba cuando ya no quedaba nadie, que es cuando de verdad empiezan las historias, cuando los crímenes ocurren sin testigos, cuando las víctimas mueren en silencio, en ese olvido que está urdido por nuestra comodidad, entretenida en el asunto que más nos interesa: nosotros mismos”. Hemos intentado funcionar con esa misma disposición, aunque sea con carácter retroactivo.

La aportación de las víctimas

Esas historias personales son también importantes porque todos estamos un poco representados en ellas. “La suerte de un hombre resume en ciertos momentos esenciales la suerte de todos los hombres”, aseguró en una ocasión el periodista y escritor **Tomás Eloy Martínez** refiriéndose a la necesidad de poner nombres y apellidos, rostros concretos, a los grandes acontecimientos. Pero no se trata únicamente de un reto periodístico, de un recurso narrativo que ayude a transmitir de forma eficaz una determinada realidad. En un pasaje reflexivo de *Los Miserables*, **Victor Hugo** asegura que el buen historiador debe ocuparse tanto de aquello que ocurre en la superficie de la civilización —“las luchas de las coronas, los nacimientos de los príncipes, los casamientos de los reyes, las batallas, las asambleas, los grandes hombres públicos, las revoluciones a la luz del día...”— como de lo que sucede en el subsuelo: “La mujer oprimida, el niño que agoniza, las guerras sordas de hombre a hombre, las ferocidades oscuras, las preocupaciones, las alarmas fingidas, los efectos indirectos y subterráneos de las leyes, las evoluciones secretas de las almas, los estremecimientos indistintos de la multitud”. Al verdadero historiador —añade— “le es necesario descender con el corazón lleno de caridad y de severidad a un mismo tiempo, como un hermano y como un juez, hasta esas casamatas impenetrables en que se arrastran confundidos los heridos y los que hieren, los que lloran y los que maldicen, los que ayunan y los que devoran, los que sufren el mal y los que lo cometen”.

Escribir bien la crónica de un atentado exige aprender a moverse en “la superficie de la civilización”, pero sentarse treinta años después con la viuda del guardia civil ametrallado mientras cenaba en una tasca y descubrir cómo ha sido su vida, cómo sigue sufriendo en algunas fechas señaladas, qué les ha contado a sus hijos, qué recuerdos la desvelan todavía o qué recortes conserva en su mesilla, todo eso exige descender con respeto a esas “casamatas impenetrables” de Víctor Hugo donde se perciben con nitidez “las evoluciones secretas de las almas” para recoger con delicadeza el testimonio de los heridos, de los que lloran, de los que padecen el mal. Acaso porque este libro discurre sobre la frontera que une el Periodismo y la Historia, hemos tratado de ocuparnos de lo uno y de lo otro: de reconstruir los acontecimientos *exteriores* y de escribir además el relato intransferible de quienes los sufrieron. Era una obligación periodística pero era también un compromiso moral: “Cuando un hombre bueno sufre, todo el que se dice bueno sufre con él”, sentenció **Eurípides** hace ya algún tiempo.

Todas las víctimas tienen su historia. El 8 de febrero de 2003 Maite Pagazaurtundua estaba en Madrid. “A media mañana”, cuando se disponía a tomar el metro para acercarse a la Fundación Juan March, un amigo le explicó por teléfono que había habido un atentado en Andoain. Su amigo no sabía mucho más, o prefirió no decírselo. Maite hizo algunas llamadas a casa y a sus familiares, pero nadie respondía. Hasta que una conversación entrecortada con un conocido le reveló que el muerto era su hermano. Pidió entonces a un taxista que la llevara al hotel para recoger sus cosas y en el pasillo que conducía a su habitación se encontró a una mujer que estaba limpiando. “Han matado a mi hermano”,

le dijo a la desconocida, y se echó en sus brazos. Años después, Maite Pagaza recordaría con gratitud ese momento: “Abandonada en su regazo pude sentir que se abría por dentro para arroparme sin dudar, para sacar a flote con la fuerza del cariño a la mujer que se quebraba, que se hundía, sin fuerzas, sin esperanza entonces, casi sin remedio”. Fue un abrazo reparador, un asidero en el “abismo interior” que un pistolero de ETA había abierto minutos antes frente a ella: “Sentir el calor de otra persona —escribió— no es una metáfora, porque noté de forma absolutamente física la tibieza de madre de la piel de aquella mujer desconocida. Siguiendo el instinto humano, aquella sabia piel me sacó a flote”.

Desde que este proyecto editorial se puso en marcha, los autores hemos sido muy conscientes de que el libro debía hacer justicia a los acontecimientos que hemos padecido en el último medio siglo. No es exagerado decir que durante estos meses de trabajo hemos visto cómo el pasado reciente iba cobrando forma en nuestras manos, que hemos sentido la responsabilidad de la Historia. El volumen, ya lo hemos dicho, contiene cientos de crónicas y de entrevistas y de fotografías, y ofrece información precisa de los atentados perpetrados por ETA en Navarra entre 1960 y 1986, pero además quiere saldar una deuda con las víctimas del terrorismo, y ofrecerles la compañía y el calor que tantas veces no han tenido. No es un abrazo tan real como aquel que consoló a Maite Pagazaurtundua en el pasillo de un hotel madrileño, pero quisiera serlo, y ofrecer a quienes han sufrido más directamente la violencia el cariño y el calor que aquella mujer desconocida le brindó a ella.

La guerra a la que algunos han apelado durante estos años no ha sido una guerra real porque nunca se ha desdibujado la frontera que separa a quienes matan —y a quienes piensan que matar puede estar justificado— de aquellos otros que creen —que creemos— que nunca habrá razones suficientes para arrebatarle la vida a una persona. No ha habido guerra porque las víctimas de los crímenes no han renunciado a sus principios ni a su dignidad: no se han tomado la justicia por su mano, no han buscado venganza, no han hecho lo que quizá en algún momento de desasosiego les pedía el cuerpo, y han evitado con su dignidad una espiral de consecuencias imprevisibles. No ha habido que exigirles ese comportamiento ejemplar porque lo han tenido claro, porque ni siquiera han ensayado otra actitud. Por eso, la aspiración periodística de hacer justicia a los acontecimientos incluye también la de hacer justicia a las víctimas, a la contribución tan decisiva que han hecho a la paz.

Decía **Fernando García de Cortázar** en una entrevista que las víctimas del terrorismo etarra, “desamparadas durante años por las instituciones y grupos políticos”, deberían tener siempre un lugar en las investigaciones sobre el pasado reciente: “La presencia cotidiana del infierno y la muerte en las vidas de muchas personas desbaratadas por el fanatismo, perseguidas además por el sadismo de quienes hacen pintadas amenazadoras o auguran la muerte desde el anonimato de una llamada telefónica, esa terrible historia es, en efecto, la crónica de nuestros últimos perdedores y una crónica que el historiador de la Transición y de la España constitucional no debería pasar por alto”.

Leer para ser mejor

Es significativo que en el comunicado que ETA hizo público el 27 de septiembre de 2013 los terroristas anunciaran que no estaban dispuestos a escuchar el “relato de los opresores”. Han hipotecado la vida de un país durante varias décadas y ahora aspiran a no enterarse del dolor que han causado. Su propósito es una razón más para levantar acta de tantos años de asesinatos, de chantajes, de amenazas, de miedo. “El escenario post-terrorista permanecerá moralmente contaminado hasta que se resuelva la batalla de la memoria”, escribió en ABC el periodista **Ignacio Camacho** al hilo de aquel comunicado. Ahora ha llegado, en efecto, el momento de desbanalizar el mal, de intentarlo, al menos.

Lina Navarro es viuda desde el 2 de enero de 1979, cuando una bomba colocada en una oficina de la plaza del Castillo se llevó por delante a su marido, el artífice de la Policía **Francisco Berlanga Robles**. Lina tenía entonces 24 años y el atentado la sorprendió en Málaga, con sus tres hijos, el mayor de cinco años. “Si los que pusieron la bomba hubiesen sabido de buena fuente la clase de persona que era Paco, creo que no le habrían quitado la vida”, sostiene tres décadas después. Y al oírle hablar de su marido, de cómo se conocieron, de lo buen padre que era y del futuro que soñaban juntos, es fácil concluir que sí, que quizá tenga razón, que aquello de **Tertuliano** (“Se deja de odiar cuando se deja de ignorar”) también podría haberse cumplido en este caso. Es difícil que alguien capaz de matar fríamente a tantos seres humanos acabe cuestionándose su biografía, pero los demás no podemos dejar de darle argumentos para que lo haga, ni siquiera cuando anuncia que no piensa escucharlos. “ETA se vuelca en la acción para postergar cualquier debate ideológico”, solía decir el periodista **Florencio Domínguez** cuando la frecuencia de los crímenes aún era estremeceadora. Es decir: mejor no pensar y no saber y no leer, no vaya a ser que estemos equivocados.

Este libro, sin embargo, aspira a reunir a otro tipo de lectores. En primer lugar, a todos aquellos que estén interesados en saber qué ocurrió realmente, a quienes deseen conocer los hechos con detalle, con nombres y apellidos, incluso a quienes estén dispuestos a buscarse a sí mismos en el relato de este o de aquel atentado sabiendo que no van a encontrar más que omisiones o silencio. Por supuesto, también se ha escrito para aquellos que a la vuelta de los años traten de asomarse a esta época tortuosa de la Historia para averiguar cómo era aquella Navarra que vio correr tanta sangre en los últimos años del siglo XX y en los primeros del XXI.

Muchos periodistas se levantan todos los días con la ilusión más o menos consciente de que su trabajo contribuya a mejorar aunque sea un poco el mundo que les ha tocado vivir, y a los que firmamos estas páginas nos gustaría que las crónicas que hemos escrito ayuden a despejar el futuro, a evitar que se repitan las barbaridades que hemos sufrido. Todas las voces son necesarias para lograrlo. Lo decía Antonio Muñoz Molina en el artículo citado: “Hace falta levantar el gran archivo oral de todos los que han sufrido, los que han vivido para contarlos, los conocidos y los desconocidos, los iletrados y los filósofos, cada uno de ellos depositario de una tesela en lo que será el gran mosaico de una historia monstruosa, y quizá también ejemplar”. ●